

la formación de recursos humanos en teleducación

EDUARDO STEIN

INTRODUCCION:

0.1. Una Fábula: Primera Versión.

Cuentan que hace muchísimos años existía un grupo de gente que vivía en una isla. La isla no era un lugar fácil para vivir. Pero más o menos había suficiente para todos. Las cosas se compartían por igual, procurando que todo el mundo participara tanto en el trabajo como en el beneficio de los frutos del mismo.

Desde la isla se divisaba fácilmente la tierra firme. Quedaba a un poco más de un kilómetro. Pero en aquella remota época todavía no existían medios de transporte para ir de la isla a tierra firme sin mojarse. Para llegar a la otra orilla, había que meterse al agua: era necesario saber nadar.

Por alguna razón, el aprendizaje de la natación era muy dificultoso. Los primeros que lograron aprender tuvieron muchos accidentes y muchos trabajos. Pero aquéllos que de una u otra manera lograban atravesar el trecho de agua, para llegar a tierra firme, sufrían una especie de transformación o iluminación: comprendían las cosas de un modo diferente.

Aprendieron de pronto que una serie de objetos y materiales que se encontraban en la isla podían unirse de cierta forma, procesarse, cambiarse, etc. y utilizarse para que brindaran más comodidad a la gente. Aprendieron también que las personas podían ser organizadas, entrenadas y dirigidas para trabajar en común. Aprendieron que las diferentes tareas podían especializarse. Aprendieron que el tiempo y el

espacio eran cosas a las que se podía también controlar, cuantificar y darles un valor de uso y valor de cambio. También aprendieron que sucedía lo mismo con el trabajo: se le podía dar un valor.

Y aprendieron una cosa más seria: que todos esos valores podían también controlarse, separarse de las cosas y personas que lo generaban y manipularse como se quisiera. Aprendieron, pues, que todos esos descubrimientos, todos esos bienes y todos esos valores, podían ser canalizados para el beneficio de pocos, en lugar de beneficiar a la totalidad.

Lo más triste es que casi desde el principio, algunos de los que sabían nadar y habían estado en tierra firme, se aprovecharon de esa prerrogativa. Volvieron a la isla y controlaron a los que no sabían nadar y también a los pocos restantes que habían aprendido, pero que no hicieron nada por sus compañeros no-sabientes, sino que prefirieron plegarse a los controladores ya que de todos modos obtenían los beneficios del nuevo orden.

El aprendizaje de la natación seguía siendo demasiado largo y dificultoso. Tardaba muchos años. Los que ya sabían nadar habían logrado controlar también ese aprendizaje y favorecían a los que a ellos les interesaba que aprendieran, pudiendo así limitar el número de los que viajaran a tierra firme, y fueran iluminados.

Aún más grave era el hecho de que habían mediatizado la natación hasta tal punto que, muchos que aprendían, no sabían ya para qué servía realmente, y no se les ocurría nunca viajar a tierra firme para ser iluminados.

Cierto día, un buen amigo se dio cuenta de que algo andaba mal. No era posible que las cosas siguieran como estaban hasta la eternidad. Se convenció de que tenía que haber otro camino para mejorar y acelerar ese aprendizaje. Sentía una gran vocación de convertirse en instructor de natación, pero había notado de sobra que los sistemas tradicionales de aprendizaje eran insuficientes y en su mayoría viciados e ineficaces. Además estaban en manos de los controladores. Se daba cuenta que la población crecía cada vez más y que las instituciones de enseñanza de la natación eran cada vez más incapaces de atender la demanda.

Oía que otras personas, que ya eran instructores de natación, hablaban y hablaban de la cosa, pero nunca hacían nada. Así que se propuso dejar de filosofar sobre la cuestión y tratar de transformarla. Se propuso encontrar una forma distinta de aprender a nadar. Una forma más rápida, más eficaz y que abarcara a mucha gente. Pensó que así habría más iluminados que contrarrestaran la avaricia de los controladores y que el bienestar generado por todos, sería igualmente gozado por todos.

Así que callada la boca, se decidió a emprender la tarea costara lo que costara. Y como él mismo no sabía nadar todavía, tenía que comenzar por aprender primero, iniciando de una vez la empresa del descubrimiento.

Y lo que hizo fue tomar un curso de natación por correspondencia. Cuando sintió que dominaba la materia, se metió al agua, trató de nadar a la otra orilla y se ahogó.

0.2. Presupuestos básicos: Primera aproximación.

El tema de los recursos humanos es una preocupación fundamental de todos los que tenemos que ver con la tecnología educativa, y más específicamente con los sistemas de educación a distancia. No creo equivocarme al decir que es una verdadera angustia planetaria. Si lo es para naciones con un alto grado de desarrollo tecno-económico, resulta todavía más acuciante en regiones como las nuestras ya que la mayoría de esos sistemas requieren la utilización de una buena dosis de tecnología, la aplicación de la cual resulta problemática porque requiere personal cualificado. Y parece que no tenemos ese personal, ni tenemos buenos lugares para formarlo.

Se me ha pedido contribuir de alguna manera a aclarar este horizonte. Trataré de hacerlo con un breve esquema de sugerencias generales que pueden ampliarse y matizarse en la discusión. De ninguna

manera se trata de un recetario, sino de un intercambio de ideas para la polémica, la creatividad y el descubrimiento. Y parten de una perspectiva personal.

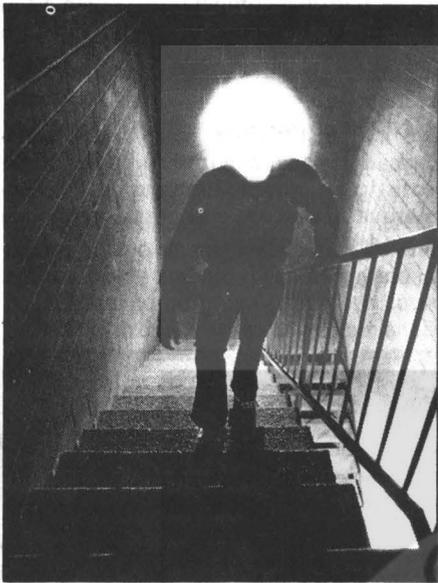
Sin embargo no representan una experiencia exclusivamente personal. Si me he atrevido a traer estos puntos ante ustedes es porque, a pesar de mi exigua experiencia como formador de comunicadores, creo que hay un legítimo aval en la historia de fracasos que los anteceden y porque la mayoría de ideas que les ofrezco han sido generados en intensas conversaciones con otras personas mucho más calificadas que el que les habla. Se trata de un pensamiento colectivo en verdad. Y de muchos préstamos, por supuesto. Algunas de estas personas serán mencionadas más adelante, pero debo reconocer la deuda fundamental que tengo con Mario Kaplún, quien soportó y compartió la búsqueda por varias madrugadas y en muchas cartas.

Para poder entendernos con claridad y sin reservas, me veo obligado a anotar algunos presupuestos básicos que considero necesarios para ubicar estas reflexiones en su adecuada dimensión. Paso a enunciarlos brevemente.

- a) Estoy absolutamente convencido de que la verdadera comunicación entre personas es un genuino esfuerzo de hacer común el significado de la experiencia humana.
- b) Consecuentemente, el sentido de toda comunicación, si es genuina, no puede darlo una intención egoísta, sino una proyección altruista y solidaria.
- c) Por lo tanto, la finalidad de ese intercambio y comunión de significados, es la acción y realización libre de la persona y su grupo, y su referente fundamental debe ser la realidad, histórico-política concreta de los comunicantes. En otras palabras, el objetivo es el mejoramiento cualitativo de la convivencia humana.

Es evidente que estas postulaciones generales ofrecen, en un primer momento, un punto de partida antropológico demasiado amplio y que podría parecer un prenotando demasiado abstracto. También es posible que, vistos superficialmente, resultan generalidades con las que, en principio, es difícil no estar de acuerdo. Pero sólo en principio.

Si se examinan estos presupuestos con cuidado, veremos que se mueven en un terreno fundamental y muy concreto de la praxis humana, y que conllevan un cúmulo de consecuencias importantes, las más de las veces conflictivas.



De cualquier manera, representan ciertas reglas básicas de juego para la interpretación de esta ponencia. No se pide, en ningún momento que estemos de acuerdo con ellas, sino que se tomen en cuenta para la discusión de lo que sigue. Y en este sentido hay otros presupuestos que, en cierto modo, dependen de lo anterior y que también queremos anotar:

- d) Creemos que el problema de la formación de recursos humanos para teleducación no es reducible a la posibilidad o imposibilidad de entrenamiento adecuado en tecnología comunicativa. Esto es secundario a un problema epistemológico y ético de **contexto, opción y acción**.
- e) Paralelamente, creemos también que tampoco es reducible a una problemática de método. La discusión metodológica es secundaria al problema de **eficacia**, habida cuenta del contexto, opción y acción.
- f) Por último creemos que el análisis y posibles propuestas de solución de este problema de recursos humanos, al tocar una parte

fundamental de la convivencia humana, supone el enjuiciamiento y búsqueda de soluciones para todo el sistema de vida dentro del cual le tocará operar. No se pueden plantear alternativas para lo primero sin plantear salidas para lo segundo.

Y esto nos lleva al terreno fundamental en donde se resuelven las sugerencias que presento en este intercambio. Doy por supuesto que durante las ponencias y discusiones del seminario se debatirá ampliamente el espinoso tema de la **ideología**. Habremos sido testigos de las reacciones tan diversas que la sola mención del término suscita. Cuánto más sobre la delimitación y aplicación práctica de su significado. Pero deberemos insistir en ello por considerarlo esencial: hemos realizado este trabajo con la convicción de que es **imposible que exista ciencia, tecnología o comportamiento social alguno que estén divorciados de la ideología**.

Lo hemos realizado también, pensando en que los verdaderos y más importantes beneficiarios de nuestros esfuerzos deben ser los hombres latinoamericanos más desatendidos y atropellados en esta realidad histórica tan cruel y absurda.

Y, por último, lo hemos hecho con el profundo convencimiento de que formar recursos humanos en medios de comunicación, sin contexto, opción y acción, es como aprender a nadar por correspondencia.

Este largo preámbulo nos ahorrará, creo, innecesarias y repetitivas explicaciones posteriores. Procederemos a una breve exposición en cuatro fases, cada una de las cuales (y todo el proceso en conjunto) supone un buceo inductivo hacia los que parecen ser los puntos vertebrales en este territorio:

- En primer lugar, trataremos de establecer lo que es la necesidad de formar recursos humanos, clarificarla, y apuntar a las más importantes raíces de la misma.
- En una segunda fase, trataremos de llegar a las preguntas fundamentales sobre lo que se quiere o debe lograr en esta formación.
- En una tercera fase propondremos algunos de los núcleos formativos más importantes que, como consecuencia de los anteriores planteos, deben atenderse en programas de formación diversos.
- Y, por último, una cuarta fase de sugerencias concretas de implementación de programas que actualmente se ofrecen como promisorias, intentando evaluar tímidamente otras que parecen haber errado o estar errando.

1. LA NECESIDAD.

Por todos lados se escucha el clamor acerca de la tremenda escasez de recursos humanos para hacer frente a las necesidades culturales de América Latina. El clamor es todavía más dramático si atendemos específicamente el área en donde confluyen todos los esfuerzos de utilizar tecnología comunicativa en este gigantesco intento.

Más explícitamente, las demandas de formación de recursos humanos se van formulando desde diferentes perspectivas y a diferentes niveles, y partiendo además de inquietudes con frecuencia disímiles. A veces se parte de necesidades experimentadas en acciones concretas, a veces de proyectos que todavía no son realidad. A veces la demanda nace de callejones sin salida en donde hacen falta remiendos, refuerzos o reemplazos (si hay borrón y cuenta nueva). A veces, en cambio, nace de proyectos que están dando resultado y que necesitan multiplicar su personal. A veces se necesitan técnicos de la misma especialidad, a veces de otras especialidades distintas y nuevas, etc. etc.

Pero el mal es común, endémico (cuando no epidémico) y generalizado. Y el problema de la escasez viene a complicarse todavía más por el hecho de que normalmente la demanda viene de sistemas y procesos complicados que acusan necesidades en una gran variedad de campos profesionales especializados que se entrelazan cotidianamente en estructura y función. Y como si fuera poco, la mayoría de estos proyectos culturales no pueden competir con la empresa privada que atrae todo lo que puede para satisfacer su propia dinámica de mejoramiento comercial, robándose casi siempre al talento cualificado con mejores sueldos y mejor "ambiente" tecnológico para trabajar.

1.1. No hay Personal Capacitado.

Es quizás la queja más frecuente. Desde los más diversos proyectos, sistemas y regiones asoma un sentimiento de frustración bastante común: hay opciones, pero no hay gente.

Por un lado, los empresarios privados de la comunicación comercial, ante los múltiples ataques que reciben por su desatención cultural en aras del lucro, se defienden diciendo que si no hay más programación y materiales culturales y educativos para imprimir, proyectar o transmitir, no es culpa de ellos. Que siempre han ofrecido tiempos y espacios pero no son aprovechados. Objetan que normalmente la calidad de lo que se les manda es muy baja (y no hablamos de contenidos "peligrosos", sino de meros requisitos técnicos de fidelidad y competen-

cia) y no están dispuestos a arriesgar la preferencia del público. Y que además, aun cuando llega algo bueno, nunca han logrado un suministro estable. Y, en cierto modo, tienen razón.

Por otro lado, hay instituciones que tienen ya programas funcionando, pero no los pueden atender bien por falta de personal competente. O bien están funcionando todo el tiempo con mediocridad, o bien ni siquiera pueden cubrir los tiempos y espacios que se habían propuesto.

Inclusive hay instituciones que tienen capacidad tecnológica instalada, con un equipo de lo más moderno y sofisticado, que no usan nunca. Y lo tienen parado porque ni siquiera encuentran gente que sepa cómo encender los aparatos.



Y todas estas carencias se formulan tanto en el área meramente técnica del manejo de aparatos y mantenimiento de los mismos, como en el área creativa de producción.

1.2. Hay algo, pero con "mentalidad" discutible.

Esta es otra queja común. Quizás se encuentran algunas personas capacitadas en el mercado local, pero no tienen el tipo de identificación que se necesita para mantenerse establemente y con fecundidad en este tipo de esfuerzos culturales.

A veces sucede que son personas sumamente creativas y eficaces en el campo de la publicidad comercial, pero son incapaces de percibir adecuadamente el tipo de requerimientos cualitativos y específicos de un trabajo diferente y andan promoviendo cultura como quien promueve coca-cola, atropellando identidades étnicas y conciencias oprimidas, o contribuyendo de hecho a una mayor enajenación cultural y económica de los destinatarios de los materiales o transmisiones.

A veces se da también el caso de que les entra temor ante el compromiso socio-político que su trabajo supone, y, temiendo represalias de su grupo socio-económico o de las fuerzas del orden, mediatizan la producción, la degradan, la neutralizan o la infiltran.

A veces sucede que son personas incapaces por su misma mentalidad de descender de su pedantería de clase, status u origen ciudadano o profesional y no pueden aprender lo necesario de la cultura, lenguajes y situación de los destinatarios como para resultar agentes educativos eficaces. Se cae en paternalismos, auto-suficiencias, desprecios y nuevos atropellos.

1.3. Hay gente valiosa pero les falta "técnica".

A veces las necesidades surgen desde esta otra perspectiva: se cuenta con personas altamente motivadas e identificadas con los objetivos del proyecto o programa (maestros, estudiantes voluntarios, trabajadores, promotores sociales, etc.), y con larga experiencia en la situación opresiva de los destinatarios, gente con mística y gran conocimiento del mundo cultural al que les toca llegar. Pero les falta "técnica".

Muchas veces uno no sabe exactamente a qué se refiere esa alusión a la "técnica" (si al dominio de aparatos, al dominio de lenguajes audio-visuales, visuales o auditivos, si al dominio de sistemas teleducativos, etc.), pero sin mucho análisis se llega a constatar la necesidad sentida de esas propias personas de adquirir más conocimientos y competencia, necesidad que surge de sus propios fracasos como teleducadores improvisados.

Hay una inmensa variedad de gente estupenda y con los mejores deseos de servicio, en América Latina, pero que por haber llegado a la teleducación por los caminos de la auto-formación y la experiencia empírica, cometen sin querer muchos errores en el diseño, producción y distribución de los materiales, llevándose impresiones equivocadas de sus logros —en el mejor de los casos—, o tremendas decepciones —en el peor de los casos— pero en ambos, defraudando a la gente.

1.4. No hay dónde formar teleducadores.

Muchos podrían objetar el título de este sub-numeral. De hecho hay una gran cantidad de escuelas de comunicación en América Latina. Y, en absoluto, no se puede esgrimir como excusa el problema de los costos, ya que hay una gran cantidad de instituciones internacionales de financiamiento que canalizan grandes recursos económicos hacia nuestro sub-continente (por aquello de la aureola del atraso y la opresión), que pueden utilizarse en becas y cosas por el estilo.

Pero el planteamiento no es tan simple. En primer lugar, el número elevado de escuelas de comunicación no es un indicador favorable. Ni mucho menos la tendencia a multiplicarlas. Porque la realidad es que la mayoría de esas escuelas son un verdadero desastre.

En segundo lugar porque, aunque las tales escuelas fueran buenas, están muy mal planteadas en su casi totalidad y no están atendiendo lo que creo son las verdaderas necesidades de formación de un teleducador para las ingentes tareas que se nos ofrecen.

En cuanto a lo primero, no es necesario repetir los análisis y polémicas al respecto que ya están consignadas en otras partes. Los remito sencillamente a la evaluación de Raymond B. Nixon, y a las discusiones de hace un año en el Seminario de FUPAC sobre Comunicación Universitaria en Panajachel, Guatemala.¹ Queda claro en estos y otros materiales que, tanto las antiguas escuelas de periodismo que han sido rebautizadas como escuelas de Ciencias de la Comunicación y supuestamente reestructuradas a tal efecto, como también las nuevas escuelas de artes y ciencias de la Comunicación, dejan mucho que desear. Ni siquiera parecen estar sirviendo para lo que se supone que deben servir.

¹ Nixon, Raymond B. "La Enseñanza del Periodismo en América Latina", en COMUNICACION Y CULTURA No. 2, ps. 197-212. Los materiales de la Reunión de PANAJACHEL sobre "COMUNICACION UNIVERSITARIA", han circulado a mimeógrafo y aparecerán en breve como un libro.



Pero lo segundo es más importante todavía ya que nos lleva quizás a enfrentar verdaderamente la raíz de la necesidad y la insuficiencia de la actual disponibilidad educativa de resolverla: aunque las mencionadas escuelas estuvieran funcionando bien, creo que no estarían pegando en el blanco porque las verdaderas necesidades no se reducen a la capacitación de personas en el dominio de procesos y lenguajes, de sistemas y medios tecnológicos, de fórmulas novedosas pero postizas de creación de textos, imágenes, libretos, etc., que al fin y al cabo se aferran a sistemas, o bien tradicionales y demasiado rígidos, o bien pautados por el desarrollo y avances de la más reciente oferta y difusión comercial. Si así lo creyéramos estaríamos cayendo en una peligrosa trampa que nos ata cada vez más a los traficantes internacionales de los llamados "hardware y software", y nos aleja cada día más de los verdaderos necesitados de nuestro esfuerzo.

1.5. Los recursos humanos que verdaderamente hacen falta: segunda aproximación.

Ya sólo lo anterior bastaría para una constatación de necesidades lo suficientemente apremiante como para impulsarnos a una encarnizada búsqueda de fórmulas alternativas para la formación de recursos humanos necesarios en estas andanzas. Pero partiríamos de una óptica equivocada.

Trataré de plantear la dimensión de exigencia en donde considero que estriba la fundamental urgencia de esta necesidad de tal forma que nos permita pasar a la segunda parte de esta exposición: necesitamos formar un educador radicalmente distinto.

Un teleducador no puede ser formado por improvisados diseños o dudosas adecuaciones de sistemas educativos tradicionales que de por sí se mues-

tran inflexibles, verticalistas, insuficientes y obsoletos. El teleducador que necesitamos no puede ser una amalgama de modas sospechosas que descansan sobre estructuras caducas que lo separan sistemáticamente del pueblo más oprimido de nuestras regiones y que, de hecho, aunque se las disfrace de toda la fantasmagoría alucinante del nuevo aparataje comunicativo no hacen más que confirmar en su persona los moldes más eficientes de nuestros sistemas de enajenación, desclasamiento y bandidaje cultural.

Estamos llamados a reformular por completo la identidad de ese teleducador necesario, y a descubrir las fórmulas capaces de generarlo. Estamos llamados a hacernos violencia personal para poner al servicio de este descubrimiento solidario lo mejor y más competente de nuestros conocimientos y talento para fabular orgánicamente esa integración necesaria de las exigencias educativas (en el sentido más vasto, integral y liberador de la palabra) con todas las tremendas posibilidades comunicativas que se nos ofrecen. Y esto sólo puede ser hecho si partimos de una investigación muy seria del problema que enfrentamos, para poder verdaderamente dar en el clavo. Y estas preguntas básicas (requisito indispensable de respuestas básicas), este diagnóstico atinado de la verdadera enfermedad (requisito indispensable de la verdadera y atinada cura), tienen que comenzar, no por la persona del teleducador inexistente o defectuoso, no del programa carente o desatendido, sino por el sujeto terminal de nuestra futura actividad: por el latinoamericano más desatendido y aplastado.

2. LAS PREGUNTAS FUNDAMENTALES.

2.1. Para quién trabajaremos.

Creo que este asunto está lo suficientemente claro como para insistir en ello. Estamos hartos de investigaciones ultra-científicas que nos vomitan estadísticas esquivas y deshumanizantes. Estamos hartos de batallas exquisitas sobre matices diferenciales metodológicos. El método, la estadística y todo lo que se quiera tienen que ubicarse en el contexto real de nuestros verdaderos destinatarios, condición sine qua non para una opción y una actividad consecuentes. Pero la seria investigación no puede ceder el lugar al angelismo del simple convivir (la tentación mesiánica de muchos que creen que con simplemente trasladar su lugar de habitación al de los marginados le proveerá la iluminación, pero que nunca llegan realmente a ser parte de nada ni mucho menos a calar el problema estructural de fondo). Ni tampoco puede cederlo al activismo de cualquier clase que si-

túa en el trabajo frenético la fuente del conocimiento profundo de causas estructurales.

Las dos cosas son importantes, pero no únicas ni exclusivas. La reformulación de los requisitos de formación del nuevo teleducador nos lleva a exigirnos a nosotros mismos, y a los científicos sociales en general, **una modificación de la técnica y método en favor de una perspectiva diferente, que supone una opción ideológica, en un contexto más real y en una actividad más solidaria.** Sólo así podremos comenzar a acercarnos a aquéllos a quienes queremos orientar nuestra actividad.

2.2. ¿Qué preguntas son importantes?

Es evidente que la anterior posición se refiere a un requisito planteado ya muchas veces y de mil formas. Pero lo interesante para nosotros es que supone también una actitud personal de **conversión** hacia el corazón de la convivencia humana que debe resolverse necesariamente en situaciones particulares en las que uno se encuentra. Dar ese salto de un vector general al sinnúmero de enredos de cada institución, programa, proyecto, equipo de trabajo o empleo particular, supone enfrentar inmediatamente una avalancha de preguntas concretas, tremendamente concretas, que emanan de casi todos los aspectos de la situación en que nos encontramos. Ya sólo el mismo esfuerzo de la identificación explícita del problema al que queremos abocarnos, desde la perspectiva en que nos encontremos, supone esta avalancha:

¿Qué programas y qué tareas hacen falta para formar estos recursos humanos? ¿Para qué? ¿Qué objetivos? ¿Qué espectro? ¿Para quiénes exactamente? ¿Son fijos o varían? ¿Y cómo varían? ¿Se trata de una necesidad transitoria, que sólo exige una acción temporal, de duración limitada? ¿O se trata de una necesidad continua que requiere el establecimiento de una institución permanente? ¿Deberá enmarcarse en el sistema nacional de educación o apartarse de él? Si lo primero, ¿cómo, en qué forma y cómo garantizar la autonomía y la eficacia? Y si lo segundo ¿es el apartamiento posible? ¿Cuál es la amplitud de la demanda? ¿Cuántos teleducadores cada vez y para qué tipo de tareas? ¿Cuál será su situación cuando termine los estudios que se le ofrecen? ¿Cómo y dónde trabajarán? ¿Se trata de formar gente desde cero únicamente? ¿O es posible absorber a personas con cierta formación? ¿Qué tipo de personas? ¿Maestros? ¿Deberemos pensar en programas escalonados gradualmente o pensar en programas múltiples? Si ya existe la escuela y no sirve, ¿cómo modificarla? O ¿cómo llegar a saber si de verdad no sirve? o si sirve algo, ¿cómo identificarlo para descartar sólo aquello que no es pertinente?

¿Qué tipo de "laboratorios" y equipos deberá tener el centro de instrucción para teleducadores? O si ya hay algo, ¿qué nos falta? etc. etc. etc.

Es probable que una manera de facilitar el salto cualitativo de lo general a lo particular de cada centro, instituto, escuela o programa ya existente o por existir es el garantizar ciertos elementos condicionantes. Los más importantes (obviamente haciendo la diferencia entre los centros ya existentes y los que todavía no existen) parecerían ser:

2.2.1. Ver si la "conversión" de la que se habla puede ser realmente concreta como actitud de todos y cada uno de los miembros del "centro" (actuales o potenciales) en criterios reales de contexto, de opciones y de trabajos concretos. Pero esto a la vez supone:

2.2.2. Que tal cosa ocurra también en la institución que alberga a tal centro (si es que el "centro" no es o será independiente como es el caso de nuestras universidades). **Esto es absolutamente indispensable.** Si existe una disparidad seria, un desfase o, lo que es más grave, una oposición franca entre el "Centro" y la Institución-madre, el barco se va a pique. Ante tal situación el "centro" ni siquiera podría llevar a cabo un planteamiento (o revisión) inicial de lo que pretende hacer porque entraría inmediatamente en conflicto con la administración o dirección de la institución-madre. Y aún cuando ésta le permitiera a aquél un cierto margen de juego y unos cuantos meses de disidencia, el "centro" no encontraría apoyo y colaboración sino al contrario, hostilidad y tropiezos, creando al menos una contradicción o una incongruencia que desmoralizaría a todos, profesores y alumnos. Estas inconsistencias llevarían sin género de duda, o al "regreso al orden" del "centro", lo cual equivale a su degeneración; o al enfrentamiento, lo cual, en la mayoría de los casos ya sabemos en lo que termina: en una crisis tre-

temandamente destructiva tanto para el "centro" como para la institución-madre, y al aniquilamiento del primero.

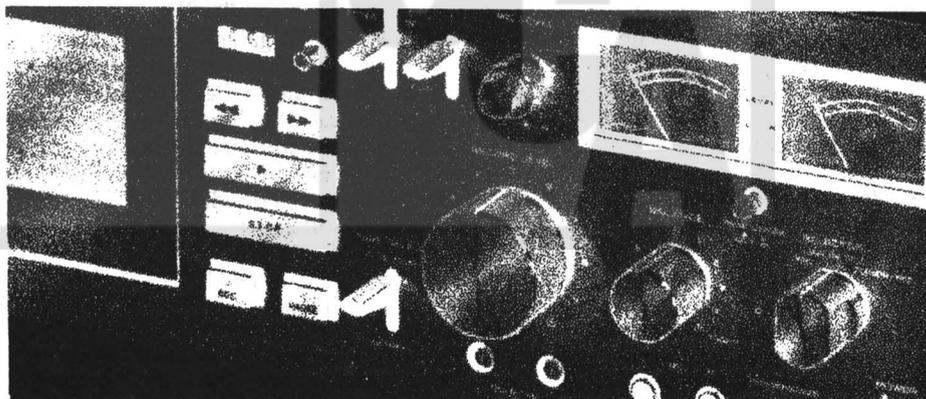
2.2.3. Ver si realmente merece la pena, en las circunstancias concretas del lugar, mantener o montar el tal "centro". Muchas veces este elemento suele ser ignorado o encubierto por razones de oportunidad personal, grupal, profesional, y/o institucional. Tenemos que ser tremendamente honestos y humildes para enfrentar esta disyuntiva y tratar de lograr un análisis de lo más genuino y equilibrado posible. No olvidemos que los errores a este nivel, como a nivel de los dos elementos anteriores, pueden suponer las bases de un engaño colectivo que en definitiva solamente contribuirá al acrecentamiento del daño que ya los marginados reciben con receta abundante.

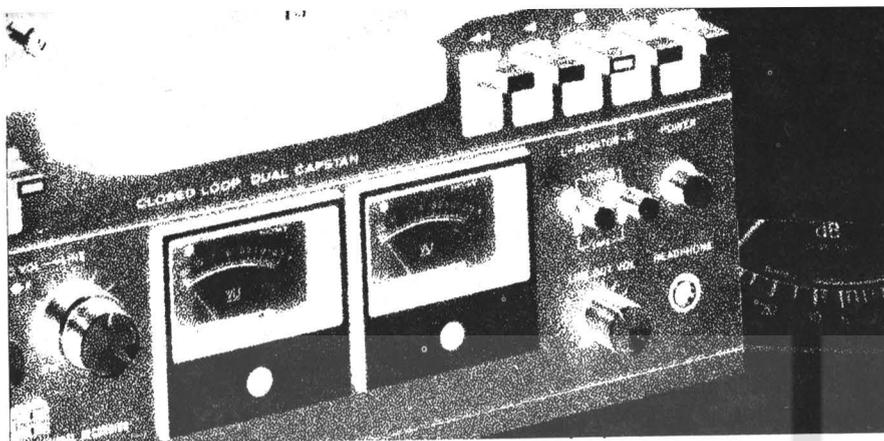
2.2.4. Por último, tratar de establecer la factibilidad de esta empresa, aun cuando no esté definido exactamente cómo será en detalle, en cuanto a los determinantes políticos del sistema regional o nacional en que le tocará operar. No hace falta saber con precisión cómo será en definitiva este centro. Basta con tener en cuenta que estará tocando los pilares fundamentales de una estructura opresiva con una opción y una actividad que deben tender a modificarla sustancialmente. Se trata, pues, de aquilatar riesgos calculados, y de saber cuándo tomarlos.

2.3. El problema tecnológico:

Se nos plantea la pregunta de los medios como una de las inquietudes fundamentales porque partimos de dos principios:

- En primer lugar el tipo de nuestros destinatarios nos impone criterios en la selección de los medios en que se entrenará el tele-





ducador, que son radicalmente distintos a los esquemas y fórmulas de la tecnología comunicativa comercial.

- En segundo lugar, nuestras universidades y, en general estos posibles centros o programas de formación no cuentan ni contarán con fondos ilimitados, ni mucho menos. Por lo cual tienen que guardarse del engaño, la estafa y el fraude en las compras de tecnología.

No creo necesario recordar que hemos asumido para nuestras universidades la impostergable misión de atender a los desatendidos. Cómo lo harán y en qué medida, cuál será su nivel de compromiso y cómo lo viabilizarán políticamente es cosa de cada una en su particular historia concreta. Pero esta misma misión abarca de la no preocupación por las decisiones y compras de tecnología comunicativa y demanda su encaramiento con plena lucidez. Estamos en un terreno muy disputado pero imperioso: el de la ideología con respecto de la técnica.

Y más que el peligro del despilfarro, el cual he consignado en otra parte², me interesa ahora tratar un momento el otro problema porque es una pregunta de primera fila. Se trata de la vinculación que existe entre la ideología y el mundo de la ciencia y la tecnología. Ya adelanté una opinión en la parte introductoria, pero aquí sí quisiera explicarme mejor. Es de lamentar que una polémica tan aguda sea todavía ampliamente desconocida en nuestra región.³

Opino que hay una serie de "núcleos" o elementos básicos en las raíces de todo proceso, siste-

2. Seminario FUPAC sobre COMUNICACION UNIVERSITARIA, 6a. ponencia "LA UNIVERSIDAD COMUNICANDOSE: OPCIONES Y PROBLEMAS".
3. Cabría mencionar los trabajos de Hugo Assman, Gabriel Cohn y Eliseo Verón, que tan poca difusión han tenido en Centro América, contra la avalancha de traducciones norteamericanas que han oscurecido esta polémica en favor de una salida simple y superficial.

ma o aparato tecnológico que representan logros permanentes de la experiencia humana y que en sí, son elementos neutros. Me refiero al develamiento de leyes y principios básicos de física, química, etc. y que han sido aplicados por el hombre para diversos fines. Por poner un ejemplo de lo más elemental, a nadie se le ocurriría pensar que la palanca o el plano inclinado son elementos de la técnica que comportan una dimensión ideológica. La tal dimensión se la dan los diversos usos y finalidades a los que son destinados por las personas.

Inclusive podríamos llegar a decir que varios inventos contemporáneos como el transistor son también "neutros" y que la dimensión ideológica aparece cuando alguien lo utiliza para fabricar radios portátiles o sistemas de vuelo de cohetes teledirigidos. Pero aquí estamos ya en un corredor resbaladizo. Basta introducir la variable de quién tiene capacidad para generar y fabricar este tipo de "neutralidades", cuál fue su origen y cuál es la intención de quien los hace. La cosa, pues, se complica.

Podemos presumir que un sistema, proceso o aparato tecnológico de los tantos que hay disponibles, podemos darle nosotros un uso determinado y encarnarlos en nuestra órbita ideológica. Pero no porque antes de dimensionarlo nosotros carecía de una ubicación ideológica, sino porque le hemos dado otra distinta de la que ya antes tenía.

Siguiendo a Héctor Schmucler, cuyo pensamiento está latente en esta discusión, creemos que un quehacer científico y la tecnología resultante de esa ciencia sólo lo son tales cuando surgen de una situación histórico-política determinada y llegan a tener un impacto social acorde con las proposiciones histórico-políticas que los generan, patrocinan, amparan y nutren, y en las que se pretende inscribir sus resultados. Dicho en otras palabras, no hay ciencia ingenua e inocente que va a donde puede. La investigación y producción tecnológicas contemporáneas van a donde las mandan porque son costosísimas y el que paga decide lo que van a investigar y lo que van a producir y para qué van a servir. Y esto, mis amigos, es una dimensión ideológica de la más pura

raigambre. Pretender lo contrario es como pretender ordeñar a una hormiga con guantes de box.

Siguiendo al autor citado, podemos decir que la posición del "divorcio", es decir aquella que separa la consideración política y la "práctica científica" implica suponer fenómenos paralelos (en el sentido más euclideo de la palabra) que transcurren en un acompañamiento infinito sin que jamás se rocen el uno con el otro. Mientras en la realidad cada uno de esos cometidos prácticos están dirigidos a establecer ciencias y políticas en las que necesariamente se confunden y cito textualmente:

"Dicho sin metáfora geométrica: le guste o no al científico, siempre su ciencia se vincula a una política. Y, lo quiera o no toda política condiciona una ciencia. Luego vienen los casos de supercherías conscientes, pero eso entra en el campo de las conductas individuales".⁴

Véase, pues, si no es importante el preguntarse si nuestras universidades serán verdaderamente capaces de discernir en esta batalla ideológica, cuáles son los mejores caminos y si serán verdaderamente capaces de descartar la carga ideológica de la tecnología que absorban, sustituyéndola por otra más humanizante, en lugar de dejarse dominar por la intención de origen de esa tecnología.

2.4. La re-pregunta.

Lo anterior vuelve a conectarse con el principio. Hagamos una breve recapitulación que nos sitúe ante la siguiente fase.

El vector principal que puede indicarnos la jerarquía de las preguntas y los posibles intentos de solución está en el para qué de la formación del teleeducador. No tanto en "qué programas" y "qué tareas", al principio, sino en "qué objetivos" se plantean ante nosotros, derivados del mejoramiento de la convivencia humana que queremos lograr. Cuál será la modificación del proceso vital del trabajo y servicio del teleeducador. Y para ello, cuál deberá ser la acción concreta del teleeducador en ese trabajo y servicio.

Sólo después de haber aclarado ese "para qué", se puede abordar el "cómo".

4. Schmucler, Héctor, La Investigación sobre comunicación masiva", en CULTURA Y COMUNICACION, No. 4, Buenos Aires: Galerna, 1975, pág. 5.



3. QUE DEBERA APRENDER EL "SUPER-HOMBRE".

Esa pregunta del "cómo", al igual que no puede despegarse nunca de la anterior, se sub-divide además en otra serie de demandas concretas que tienen que resolverse unas en función de las otras. Enfatizo que se trata de un esfuerzo integrado y orgánico. Aquí lo desmembramos únicamente por motivos analíticos y expositivos, y únicamente presentaremos para el debate los más importantes.

Hay que tratar las formas concretas en que se organizará e implementará el supuesto programa de formación, y su relación con la institución que lo patrocinaría, (como es el caso de las escuelas o centros de comunicación en nuestras Universidades).

Y esto hay que vincularlo con los contenidos de aprendizaje y los procesos de entrenamiento práctico que esos programas de formación comportan. Esta tercera fase trata de enfrentar esto último, dejando lo anterior para la cuarta fase.

3.1. Encuadramiento, dimensión y ámbitos.

Brevemente podemos decir que sería inadecuado comenzar a enumerar materias, disciplinas, etc., para llegar a establecer los currícula completos, divididos por años o ciclos, y cada uno con sus respectivas materias. De la misma forma considero inadecuado comenzar por establecer el tipo de prácticas con sus horas calculadas de una forma prescriptiva y rígida.

Para comenzar, tal procedimiento no haría más que repetir los viejos esquemas académicos tremendamente rígidos a los que estamos acostumbrados y que han probado ser insuficientes y condicionadores —en el mal sentido— para formación en ciertas áreas de trabajo. No olvidemos que la teleeducación demanda una mayor flexibilidad y apertura, una dimensión creadora distinta y una libertad de relaciones humanas de crecimiento integral que configuren toda una nueva pedagogía activa. Estaríamos errando por la base si pretendemos formar personal en esta apertura y flexibilidad, sometiéndolo a programas y procesos formativos tiesos e inamovibles.

Pero también hay que tener en cuenta que, si bien es cierto que no se puede partir de una plataforma totalmente abierta y caótica, la estructuración de un programa de formación como el que pretendemos no gana nada con agrupaciones de **NOMBRES** de materias. El nombre de la materia normalmente no dice nada. Nos interesan mucho más los **CONTENIDOS** que tal materia pretenda cubrir y la **MANERA** en que piensa cubrirlos.

Si bien es cierto que podemos pensar en que ciertas áreas de conocimiento y experiencias demandan tratamientos distintos y específicos, creo que los ámbitos **no importando cuál sea la materia particular**, deben plantearse siempre sin perder de vista el contexto, opción y acción del que hablábamos antes. Es fundamental para este nuevo teleeducador que investigue personal y grupalmente su propia realidad o realidades en la que le tocará estar inmerso y, si es posible, otras realidades para tener puntos de comparación. Y esta investigación de contextos debe partir no tanto de la necesidad de mostrar credenciales "científicas" sino de la necesidad misma de la problemática que debe atender y según la cual debe pautar su propia formación.

También considero fundamental que, en la medida de lo posible, la formación del teleeducador encare en serio tanto su formación teórico-metodológica, como su formación técnico-práctica. Deben explorarse diversas teorías y posibilidades tecnológicas, no con el afán de dominarlas todas ni de convertirse en un nuevo diletante enciclopédico, sino para absorber y comprender diversas posibilidades y opciones. Y así poder generar la suya propia, en su situación propia. En este sentido, no interesa tanto que tales opciones se vayan configurando en el invernadero de la escuela universitaria y similares, porque sería totalmente artificial. Interesa más capacitar al teleeducador para que sepa echar mano de diferentes posibilidades y que formule sus opciones **en el campo concreto en el que trabajará después.**

Por eso es también fundamental que desde el primer día de su formación aprenda a nadar en las verdaderas aguas, es decir, que proyecte su acción, que realice su investigación y que confronte su teoría y su técnica con realidades concretas de marginalidad. Con personas de carne y hueso a las que, en definitiva, deberá orientar su trabajo y servicio. Y que aprenda desde el primer día, a comunicarse y a comunicar.

No estamos diciendo que se meta "en lo hondo" antes de saber flotar. Pero que no posponga esa confrontación hasta el final de su formación, porque se ahogaría de todos modos.

Tampoco estoy implicando que el teleeducador deberá ser el nuevo super-hombre que sabrá de todo y que podrá enfrentarse a todo con el máximo grado de competencia. Sencillamente sugiero una **interrelación estructural y funcional** de todos los ámbitos para que su crecimiento sea orgánico, al nivel al que vaya a llegar. Es imposible suponer que en su breve tiempo de formación llegará a dominarlo todo con maestría. Probablemente adquirirá dominio y competencia sobre una sola cosa, y de una manera intro-

ductoria, que será perfeccionada con la acción concreta. Pero sí es importante que conozca y comprenda distintas posibilidades disponibles, aunque no las domine, y a la vez que sepa a dónde acudir y en dónde preguntar, para avanzar y crecer en las que no domina pero que en un momento dado le resultan necesarias para su contexto, opción y acción.

3.2. El problema de los NIVELES.

Esto nos lleva inmediatamente a encarar el asunto del "hasta dónde" tanto en profundidad de su formación como en el abarcamiento de áreas posibles de la misma.

No existe una regla de oro. En primer lugar depende del tiempo. No es lo mismo una licenciatura de 5 años que un curso de capacitación de dos. También de la distribución de ese tiempo. No es lo mismo un programa de formación continua que una serie de programas breves y progresivos que podrían cubrirse en muchos años, intercalando períodos de trabajo directo exclusivamente (Recuérdese el programa de los "Médicos descalzos" en China).

Depende también de la orientación y finalidad del programa, de la interrelación de materias, etc. Y, por supuesto, depende de la región y posibilidades de trabajo (contexto, opción y acción) en que trabajará. Por ejemplo, pueden generarse combinaciones cortas de teleducadores en salud rural, etc.

Pero sea como sea, la interrelación mencionada en el sub-numeral anterior debe ser siempre un norte al pautar programas a distintos niveles de profundización y abarcamiento, de conocimientos y habilidades prácticas, de competencia y desempeño, no importando cuál nivel, pero sí importando cómo se llega a él.

3.3. Los puntos de partida.

Habida cuenta de lo anterior, creo que estamos de acuerdo en que la formación del teleducador debe orientarse tanto a la conciencia como a la habilidad. No se trata además de un problema de áreas especializadas y dominios exclusivos, separados y estancos. Se trata de un problema de dosis, combinación y énfasis. Y es probable que en cierto momento hasta lleguen a estorbar las prácticas consuetudinarias de planificación académica que campean por nuestras universidades; no se puede ir formulando el panorama de contenidos en función de que deben tener "algo" de historia, de economía, de psicología, de lingüística, etc. Esto es sumamente peligroso porque nos acerca demasiado a la atomización, verticalidad y hermetismo.



Y aquí no solamente estamos hablando de nombres, sino de contenidos también. Estamos hablando del vicio ordinario de nuestras universidades de plantear las necesidades curriculares, no en función del tipo de profesional que se quiere lograr, sino en función de la oferta profesional ya existente en las diversas facultades, departamentos y disciplinas de la universidad. Aquí entra de lleno el problema de catedráticos.

La mayoría de las veces eso no nos sirve, porque aquellos métodos, conocimientos y prácticas integradas que perseguimos son inexistentes en los cursos que ofrecen otros cuerpos académicos, ya que éstos se orientan a sus propias disciplinas y no a lo que nosotros queremos. Todo lo cual resulta en una enorme pérdida de tiempo y en una disgregación perceptiva, organizativa, integrativa y práctica del educando. Y ese mismo peligro puede señalarse en cuanto a la escogencia de entrenamientos en procesos, sistemas, técnicas y aparatos que pueden servir a la teleducación. Las opciones se realizan en base a la oferta disponible comercialmente, o a la moda, más que en base a las necesidades sentidas, constatadas e investigadas de la misión del teleducador en nuestros países y por ende en su propia formación. Ya sé que lo difícil es encontrar formadores adecuados, ya que la mayoría vienen especializados en el extranjero. Pero ese es otro problema.

Cabe mencionar aquí que los vicios antes aludidos nos situarían de lleno dentro de los sistemas de producción netamente capitalistas, en los cuales se separa a los diferentes elementos humanos en sobre-especializaciones atomizadas, perdiéndose la totalidad del proceso. Por poner un ejemplo, una oferta de programas diversificados que produjera opciones para especializarse en planificación, en producción, en creatividad, en sistemas de entrega, en manejo de aparatos, en evaluación, etc. y que olvidara la interrelación en la que hemos insistido, produciría profesionales que son fruta madura para la equivocación o para ser absorbidos inmediatamente por el sistema: El planificador no tiene nada que ver con el guionista, ni éste con el productor, ni éste a su vez con los divulgadores, etc.

Defiendo enfáticamente un punto de partida formativo que no pierda de vista ninguno de los elementos del proceso. De ninguna manera quiere esto decir que se preconiza el individualismo separatista y autosuficiente, ni el "hace-de-todismo" que normalmente termina en la superficialidad e improvisación a-sistemáticas. Tal teleducador, también es pernicioso. Sencillamente vuelvo a insistir en la opción solidaria que demanda una integración, al menos de conocimiento y comprensión (cuando no de maestría en el dominio, competencia y desempeño), de todas las partes del proceso.

3.4. Algunos imperativos.

No se trata, pues, de saber nadar únicamente, sino de saber para qué sirve y a dónde voy a ir. O dicho de otra manera, la ubicación concreta de la conciencia y la habilidad, en la acción. Por medio de la investigación, el serio estudio teórico-técnico y la acción, a una nueva conciencia. Y de aquí a una nueva investigación etc.

Quiero terminar esta fase, presentando a su consideración algunos imperativos más concretos que surgen a la hora de plantear los contenidos y entrenamientos de esta formación:

3.4.1. La importancia de métodos: herramientas de investigación, estudio, entrenamiento y trabajo, que permitirán progresivamente la acción autónoma del teleducador. Evitar la dependencia y esclavismo de los "genios" padrinos, de la escuela y de la propia institución-madre.

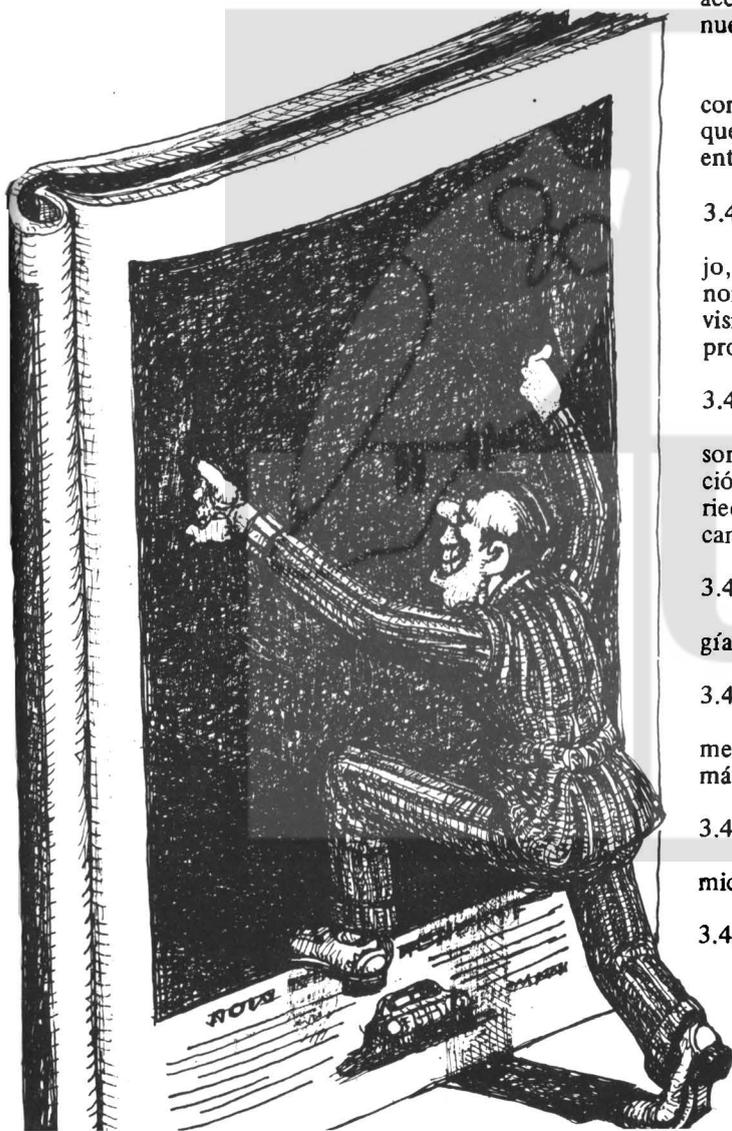
3.4.2. Estudio de los sistemas de signos. Si toda comunicación se realiza en base a signos, resulta sorprendente que en muchas carreras de comunicación no exista una sola materia que enfrente con seriedad el comportamiento de los signos en el intercambio comunicativo humano.

3.4.3. Concomitantemente, comprensión profunda de procesos y lenguajes en las diversas tecnologías.

3.4.4. Entrenamiento práctico y dominio en algunas formas de producción creativa, y en los elementos de manejo de ciertas opciones tecnológicas más adecuadas a nuestra realidad.

3.4.5. Comprensión mínima de procesos psico-sociales. Y, dentro, de ello, de procesos económicos y políticos.

3.4.6. Planificación, administración, evaluación y supervisión.



3.5. El trabajo de los Graduados.

Esta preocupación, aunque de suyo no pertenecería a esta fase, debe tocarnos, porque, si la institución no puede proporcionar fuentes de trabajo a sus graduados que vayan de acuerdo con los fines de esta empresa, asoman inmediatamente las opciones en el sector privado o en el público. Y la institución o centro debe preocuparse de este aspecto para no condicionar sus contenidos a las demandas de los proyectos estatales únicamente, ni a las demandas de la empresa privada, pero tampoco permitir la mediatización degradante, que únicamente produce graduados para el sistema.

La cosa es delicada porque, al fin y al cabo, el teleeducador también tiene que comer.

Ubicándonos siempre en la plataforma de dosis, combinación y énfasis, sería imposible desarrollar aquí estas sugerencias. No solamente porque dependen de cada planteamiento regional e institucional en cuanto a finalidad y posibilidades, sino porque también supone distintas opiniones y perspectivas.

Pero esto nos lleva a la cuarta fase.

4. LA IMPLEMENTACION: ALGUNAS LINEAS DE ACCION.

Se trata aquí de presentar una evaluación somera y tímida de esfuerzos que pueden iluminarnos en la configuración del propio programa para formación de teleeducadores. Tanto los que parecen estar fracasando o han fracasado ya, como los que parecen ofrecer ciertas líneas promisorias. Es evidente que esto solo, supondría una ponencia y discusión específicas. Ofrezco brevemente algunos puntos de partida.

4.1. La materia prima: es más que probable que no podamos darnos el lujo de contar con una demanda estudiantil homogénea. Probablemente tenemos que pensar en programas que puedan atender a estudiantes que comienzan desde cero (ideal para el diseño, pero no para la praxis), como también a personas ya formadas en otras áreas y con cierta experiencia de trabajo. Debemos suponer que un buen número de maestros y profesores en el sentido tradicional, querrán enriquecerse con una formación teleeducativa. También es probable que universitarios de otras carreras quieran combinarlas con ésta. Y lo mismo se puede decir de otros profesionales.

Pero también hay que tener cuidado con la imposición que cierta demanda estudiantil puede

ejercer, teniendo la gente expectativas muy concretas de trabajo profesional (relaciones públicas, publicidad, por ejemplo). Estamos hablando de teleeducadores y no de otra cosa.

Debemos pensar en programas flexibles, pero siempre dependiendo de la finalidad que se persigue, y no mezclar subrepticamente consideraciones económicas de la institución-madre o del propio "centro", o pretender seis o siete programas distintos a la vez. No podríamos atenderlos.

Pero también se puede pensar en un "centro" de preparación de teleeducadores hybridizados con otras áreas profesionales (salud, nutrición, ingeniería, organización, etc.). Sería éste un "centro" que inter-fecundaría a otras instancias profesionales de la institución-madre, y que las potenciaría hacia otros derroteros.

4.2. Las "Herencias"

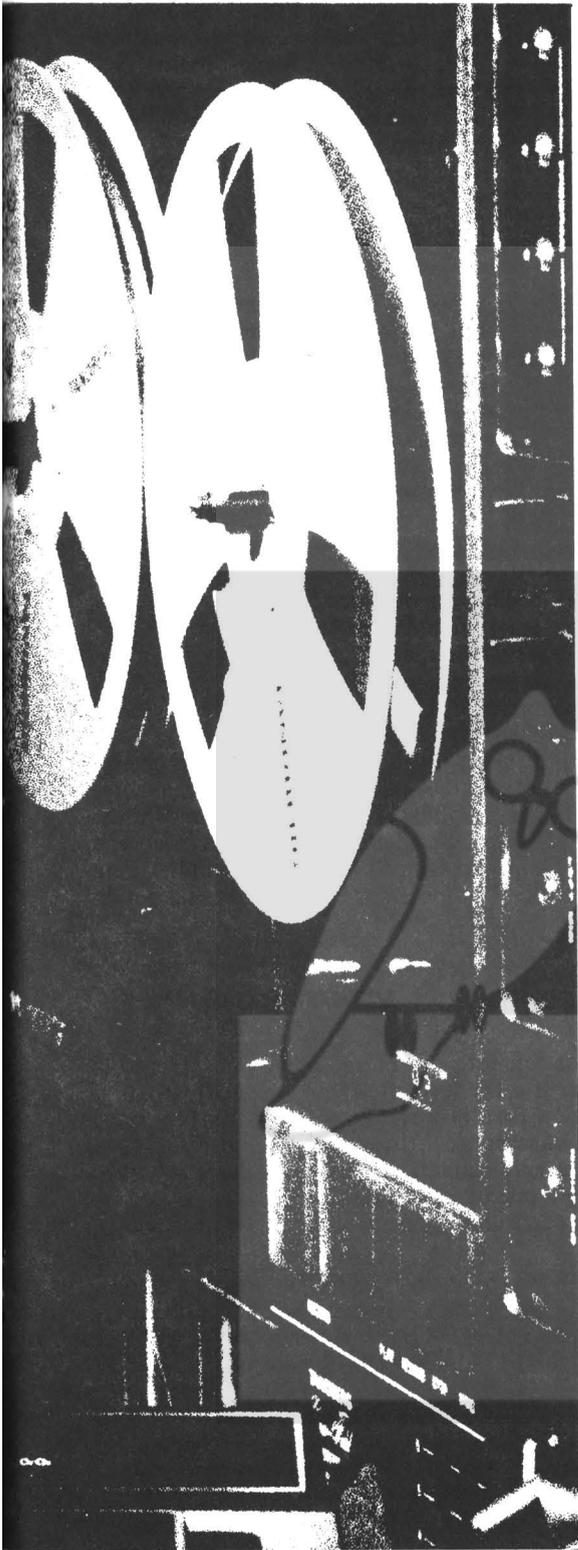
Esto tiene que ver también con lo anterior. Pero de ningún modo debemos permitir que el peso de tradiciones institucionales comprometan y mediaticen el diseño y funcionamiento de estos programas. Es probable que el replanteamiento de las escuelas de comunicación en nuestras universidades, si es que ya las tienen; o la posibilidad de tenerlas según esta perspectiva, cuestione lo que es la propia institución y genere un conflicto serio, que ya antes fue apuntado. Pero no podemos transigir.

4.3. El problema de "identidad"

Debemos tratar de lograr con una nitidez meridiana, la identidad de este nuevo profesional, para beneficio del propio programa, y no en función de las emulaciones estúpidas con otras carreras tradicionales reconocidas como "serias". Quizás el término "teleeducador" no sea tan rimbombante e impositivo como el de "ingeniero" o "arquitecto", pero eso es lo que menos nos importa.

Debemos tratar de explicitar lo más exactamente las dosis, las combinaciones y los énfasis.

Y en este sentido existe una gran confusión todavía: lo que es el investigador especializado de los procesos, redes, medios y efectos de la comunicación (propriamente un "comunicólogo"), y lo que es el creador y productor, el administrador y difusor de redes, medios, sistemas y mensajes (propriamente el "comunicador"). Hay inclusive lugares en donde esta primera división no existe y creen que el "experto" en comunicación social es capaz de todo, o debiera serlo.



Y esto, vuelvo a insistir, puede ser una peligrosa trampa académica que, combinada con la imposición de estudiantes y el problema de las herencias, configura condicionamientos formidables que pueden echar a perder nuestra empresa.

No se pueden adecuar simplemente viejas carreras de periodismo ni tampoco formular nuevas carreras con viejos esquemas, endosándoles una dosis acrítica de tecnología, sin saber realmente lo que hará esa tecnología, ni para qué servirá (en función de lo discutido antes).

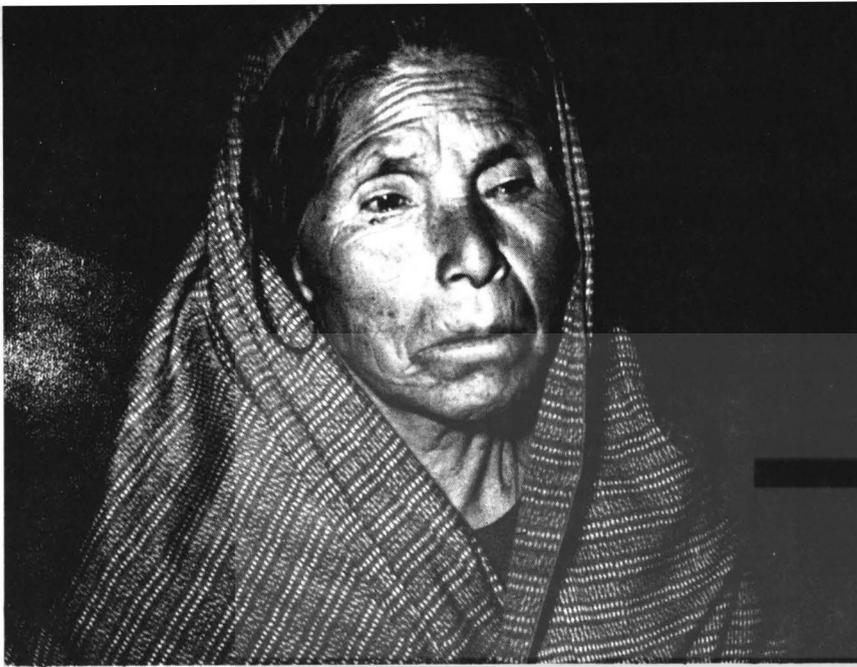
Pero tampoco se puede proceder al aventurismo o mesianismo ingenuos, permitiendo que el orgullo profesional o la necesidad de verse reconocidos por estructuras de premio y promoción académicas trasnochadas, nos aparten de la finalidad que perseguimos y nos dividan artificialmente en núcleos incoherentes como por ejemplo entre "investigadores", "creadores", "transmisores", etc.

Es necesario que el teleducador abarque todos esos campos, aunque sólo domine uno. No olvide que muchas veces le tocará trabajar en una gran soledad y que necesita además una continua interrelación con otros, sin obstáculos profesionales ni mucho menos nonimalismos tontos.

4.4. Entrenamiento técnico.

Uno de los grandes fracasos de todas nuestras escuelas de comunicación se debe a que, al no tener claros los contextos, opciones y acciones que quiere manejar y en las que quiere servir, plantea sus partes prácticas en función de la oferta comercial establecida.

Esto supone que los estudiantes de ciencias o artes de la comunicación, aun cuando la orientación de la escuela fuera sensata, tienen que realizar sus prácticas en emisoras de radio comercial, en canales comerciales de televisión, en agencias publicitarias, en filmadoras publicitarias, en periódicos y revistas del sistema. Esto es fatal. Además de la acción neutralizadora y penetradora que tal sistema de prácticas implica, inyecta en la conciencia del estudiante una serie de falacias y una duda fundamental sobre la bondad del propósito de la Universidad y sobre la capacidad de la misma: se establece una polaridad entre la teoría (para lo que parece que la Universidad es buena) y la práctica (para lo que parece que la Universidad es radicalmente incapaz), destruyendo la confianza en los propósitos que animan el programa formativo ya que éste, declamando que lo importante es la acción, no logra nunca implementar pequeños laboratorios y procesos de creación y producción que den la talla con los centros comerciales.



En la U. las cosas no funcionan con eficiencia, o simplemente no funcionan. O, si es que funcionan, producen poco y mal.

El problema de la tecnología es **central** en esta discusión porque no se reduce simplemente a un conglomerado de máquinas y aparatos, sino que incorpora técnicas de manejo, sistemas, procesos varios, etc. Y esto comporta una tremenda dosis ideológica en el trabajo y operación cotidianos. El "Centro" no puede tomar una simple opción tecnológica, sino **una opción ideológica que supone los conocimientos y las opciones tecnológicas y las subsume e incorpora**: les da el sentido de finalidad que anima el programa de formación de teleducadores. De otra manera está comprometiendo ese sentido de finalidad y exponiendo a los teleducadores a una gran confusión, cuando no a la absorción de esquemas, patrones y métodos de trabajo que resultan foráneos y perniciosos.

Además, pesa sobre la Institución el grave problema de los costos de estos sitios de entrenamiento. Pero aquí se cuela a veces otra falacia: las Universidades dan por sentado que carreras como Ingeniería o Medicina necesitan instalaciones caras y se desviven por conseguirlas, para formar profesionales de dudosa proyección comunitaria. Y sin embargo, en este campo, en donde podrían llegar a grandes mayorías, no quieren hacer ningún gasto.

Quizás el mejor camino es ver si el "centro" o la institución-madre puede implementar, en su propio seno, algunos núcleos de producción teleducativa, y mantenerlos produciendo hacia afuera constantemente, para que el entrenamiento de los teleduca-

dores sea posible en otra atmósfera. La tecnología podrá ser igual en todas partes (un estudio de grabación, una imprenta, etc.), pero los métodos de trabajo, los sistemas de producción y los productos serán radicalmente distintos, al igual que su diseminación y objetivos finales. Y quizás estos núcleos de producción, junto a programas de extensión y proyección universitarias, pueden proporcionar fuentes alternativas de empleo para los teleducadores formados allí mismo. Y, además, proporcionarían una ventana mucho más amplia hacia la comunidad, para que la Universidad pusiera al servicio de más gente, el fruto de su trabajo.

5. SIN CONCLUSION: MITO Y REALIDAD.

Por supuesto que el trabajo no puede concluir en nada, si estas sugerencias no sufren el debate y depuración para el que fueron presentadas y si no llegan a concretarse en realizaciones específicas. Esto rebasa ampliamente el cometido de esta ponencia, y sólo puede ser resuelto por cada grupo o institución particular. Quisiera retornar al principio.

5.1. Otra vez la fábula: segunda versión.

Se encontró otro código que contenía una versión distinta de la fábula del principio.

Resulta que otro amigo, de la misma isla, quiso también convertirse en instructor de natación. Pero en vez de aprender a nadar por correspondencia, se comenzó a meter cada vez más al agua, sin perder la sustentación con el fondo y sin alejarse demasiado de la orilla.

A los pocos días de sus intentos, se dio cuenta que había personas vigilándolo. Trató de preguntar, y se enteró de que los controladores ya habían estado indagando sobre él y sobre sus "extraños" intentos. Trató de cambiar de playa, pero cada vez aumentaba la vigilancia. De pronto comenzó a ser atacado en público por los medios de comunicación. Empezaron a proyectar una imagen sospechosa sobre él, porque intentaba subvertir el control establecido.

Y desgraciadamente el fragmento del código en donde se encontraba escrita esta historia, termina allí: estaba demasiado roto. La gente ha inventado finales, pero son totalmente apócrifos. Unos dicen que por fin lo apresaron. Otros, que lo ahogaron. Otros, que por fin pudo nadar y llegar a la otra orilla pero ya nunca le permitieron regresar. Otros inclusive se atreven a decir que regresó clandestina-

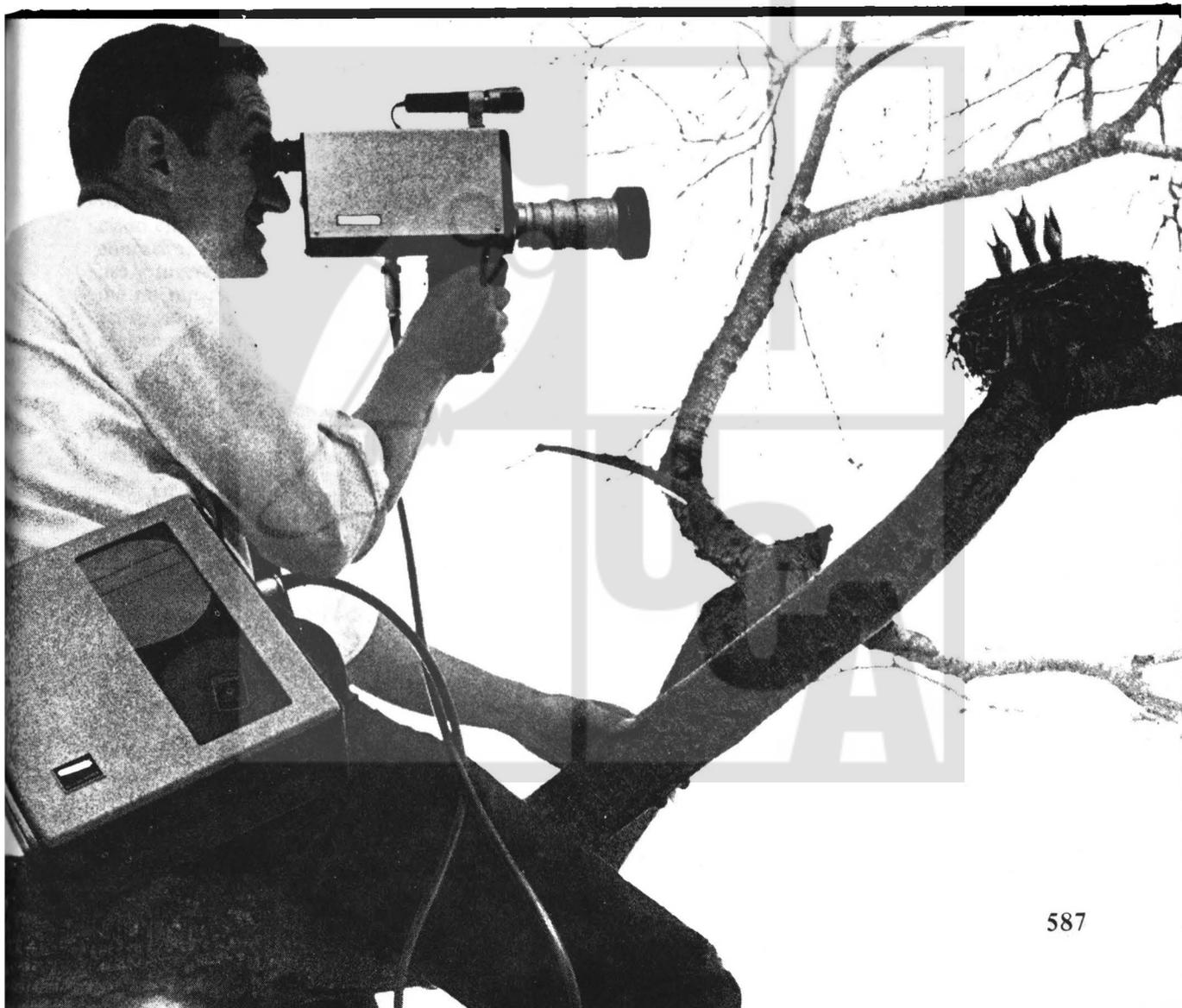
mente y se encuentra ya enseñando a nadar a unas pocas personas en secreto, y que los controladores los buscan desesperadamente con operativos especiales anti-subversivos. . . .

No crean todo lo que dice la gente.

5.2. El camino de la transformación.

Como resumen podemos decir que la orientación fundamental de todos nuestros esfuerzos la debe dar la acción concreta del teleducador. Al fin y al cabo ésta es la única garante de su transmisión y de su entrenamiento.

Pero el lío es que al enfrentar la novedad de la teleducación enfrentamos la necesidad de los cambios estructurales de nuestros sistemas injustos. Por-



que el comunicador va a la raíz de esos problemas, que es la marginalidad necesaria de los mismos. No es, pues, una figura poética decir que al trabajar en esta perspectiva solidaria está arriesgando la vida.

Porque no se trata de un sistema socio-económico-político simplemente deficiente. Las actuales estructuras que sustentan nuestras organizaciones nacionales no pueden disculparse con la simple crítica de la incompetencia, con el simple reproche de la asistematicidad, de la falta de planificación, de la torpeza administrativa, del error funcional, de las carencias involuntarias, de la falta de personal, de la ineficacia relativa, etc., etc., etc.

Nuestros sistemas socio-económico-políticos no fallan por defectos irresponsables. Fallan porque en las raíces estructurales que los sustentan hay una **necesidad** de que así sea, y una **intención** de mantenerlo así, para seguir operando como operan y seguir cumpliendo con los objetivos que cumplen.

Por lo tanto, mucho me temo que el cambio estructural que vemos necesario no lo van a aceptar

sin más, ni por la vía de la conversión. Estas estructuras y estos sistemas van a rechazar encarnizadamente los cambios sustanciales porque van directamente en contra de su misma esencia y finalidad: perpetuarse en la explotación y marginalidad de las grandes mayorías para el beneficio de una pequeña minoría. Y algo tan dañino, que no puede ser convertido, merece ser descartado.

Y aunque suene a clisé, no es sino una verdad angustiada, consuetudinaria y que se agrava progresivamente.

Así que, al pensar en la formación de recursos humanos para la teleeducación, al pensar en la teleeducación entera y todo lo que conlleva, tenemos que pensar en la totalidad de una realidad histórico-política espantosa que nos ha de servir siempre de contexto, de campo de estudio, de caldo de cultivo, de referente necesario para las opciones, y de territorio inescapable de trabajo.

Ojalá tengamos todos la entereza de emprender la tarea.

